

11 (789a-1)
FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Historia de la Emancipación Americana

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

7483

FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.



DEDICATORIA

Señor Doctor

Don VICENTE LECUNA.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Casi veinte años han pasado desde el día, en mis recuerdos inolvidables, de nuestra primera entrevista en Caracas. La conversación se orientó hacia el Hombre máximo de América y Vd. tuvo la bondad de estimularme al estudio de la vida de Simón Bolívar.

Me ha proporcionado Vd. con esto las verdaderas satisfacciones de la contemplación del espíritu del Libertador, hallando en sus pensamientos la solución de múltiples problemas humanos y una eficaz armonía entre ellos y su metódica acción para estructurar la vida de los pueblos que formó.

Admirables son sus unidades de concepto y de obra y brillan especialmente en esta guerra de la integración colombiana, en sus dolores de Popayán a Bomboná; en su resolución de toda una vida sintetizada en la orden del día de Cariaco: **DEBEMOS VENCER Y VENCEREMOS**. No era el laurel de un combate lo que buscaba; su victoria tenía mayores alcances, eran los de la libertad, del orden democrático y de la Unión Continental.

Formó el alma de un pueblo en las guerras venezolanas; lo elevó a la mayor dignidad de libertar a Nueva Granada; el fuego de sus victorias hace la fraternidad de los hombres desde el Orinoco al Magdalena, cubriéndolos de gloria en Carabobo. No cesa en su empeño de unión y rompe las últimas cadenas en las fraguas de Bomboná y Pichincha que se recuerdan en esta historia.

En el orden militar esta guerra de la Independencia del Ecuador es la realización de un maravilloso plan de batalla estratégica en cuyas líneas extremas Bolívar impuso, en la zona del Norte, la capitulación del Ejército realista en el mismo día en que su Lugarteniente, el General Sucre, rendía al enemigo en las faldas del Pichincha. Los dos soldados de Venezuela aseguraban la libertad de América.

¡Cuánta fructífera lección guerrera, social, internacional, económica y de ciencia del corazón humano en estas grandes horas de Bomboná, hasta el reconocimiento espontáneo de sus superioridades en Guayaquil!

Quiera, mi siempre recordado amigo, aceptar la dedicatoria de esta parte de mis GUERRAS DE BOLIVAR como un homenaje de mi gratitud por haberme proporcionado los regocijos de este estudio y la consignación para las generaciones futuras de las grandes enseñanzas de justicia social, de equilibrio democrático de la autoridad y del pueblo y de solidarismo internacional para el gran progreso que fueron la constante inspiración del Libertador.

Soy su amigo de siempre,

FRANCISCO RIVAS VICUÑA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V.

La Gran Colombia

1821-1823

INDICE

Pág.

Dedicatoria al Señor Doctor don Vicente Lecuna	V
--	---

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

I.—Hacia la unión americana	3
II.—Prestigios en el exterior. El derecho triunfante	35
III.—La campaña del Centro y su frente Norte: Bomboná	51
IV.—La campaña del Centro y su frente Meridional: Pichincha	133
V.—La integración colombiana	176
VI.—Agonías de los invasores	209

SEGUNDA PARTE

LA VIDA INTERNACIONAL

I.—El nacionalismo peruano	227
II.—La entrevista de Guayaquil y la democracia colombiana	273
III.—El triunfo de la idea. Las vacilaciones del interés	317
IV.—Solidaridad y cooperación hispano americana	348
V.—La grandeza de Colombia	366
VI.—La gran crisis peruana	385
VII.—Las naciones libertadoras	452

ILUSTRACIONES

Mapa Número 1.—Itinerarios de Bolívar y de Sucre	128
Mapa Número 2.—El territorio de Bomboná	160
Mapa Número 3.—Maracaibo y Puerto Cabello	216

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

TOMO IV

1821 — 1823

La Gran Colombia

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

- I.—Hacia la unión americana.
- II.—Prestigios en el Exterior.—El derecho triunfante.
- III.—La Campaña del centro y su frente norte.—
Bomboná.
- IV.—La campaña del centro y su frente meridional.
—Pichincha.
- V.—La integración colombiana.
- VI.—Agonías de los invasores.

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
ABR 12 1940
DEPÓSITO LEGAL

HACIA LA UNION AMERICANA

Después de Carabobo.—Las naves de Chile y de Colombia en el Istmo de Panamá.—La Guerra Continental.—La misión internacional de Don Joaquín Mosquera.—Las predicciones españolas del Conde de Aranda en 1787, la Ordenanza del Noroeste de la Unión Norte Americana en igual fecha.—Bolívar en campaña y la unión por la victoria, Santander en el Gobierno de Colombia y la unión por el común sacrificio.—Temores de trastornos provocados por los españoles encerrados en Puerto Cabello.—Generosidad del Libertador.—La Pacificación del territorio.—La guerra continental.—Independencia inmediata y grandeza futura.—La línea del río Mayo y la defensa realista en Pasto.—El General Torres en Popayán.—La acción del General Sucre en Guayaquil.—El armisticio de Babahoyo.—Características militares de Pasto y políticas de Guayaquil.—Un plan de campaña de ofensiva en Guayaquil y de retención en Popayán y la línea de comunicaciones marítimas.—Desafecciones populares, sus causas y remedios.—La concentración de fuerzas colombianas.—El Libertador en campaña.—La undécima guerra.

Simón Bolívar ha triunfado en Carabobo y su victoria permite a los pueblos consagrarse a definir sus derechos en el Congreso de Cúcuta. Pudo el paladín de la libertad envainar su espada y entregarse, en el pleno vigor de sus 38 años, a conducir a los hombres en las controversias del civismo para buscar las mieses de la prosperidad, como habían cortado los laureles de la gloria en los campos de batalla.

La obra que él se trazó no estaba cumplida y no quería que sus afanes fueran interpretados como ambiciones de poderío; uno era su anhelo: el que nadie le igualara en sacrificios por el ideal revolucionario. Aun quedaba territorio colombiano irredento y en él debían resonar los llamados a la unión nacional y el clarín de sus huestes vencedoras.

No habrá descanso para el Libertador; irá a las rudas faenas que dejaron en el campo a los grandes capitanes de los primeros días de la República, echará sobre sí la más pesada responsabilidad pues su naturaleza se ha fortalecido en cien combates desde el Orinoco al Magdalena y, en toda la enfilada de los Andes, desde Ortiz a Boyacá. Seguirá aún por montes y ríos, dominará las cumbres de Pasto, Pichincha y Chimborazo y cubrirá con la bandera de Colombia dos océanos, desde el Orinoco al Guayas.

Irá a dar libertad a Quito y a Guayaquil y sólo después descansará, si le es posible. La nueva guerra está trazada en su mente y con toda sencillez ha escrito al General Montilla: "Espero volver de Quito antes de seis meses para establecerme en San Mateo, sin destino alguno, porque estoy cansado de mandar y de tener responsabilidades; pero con mi brazo puede contar siempre la patria"

Esta carta que recordamos en anteriores volúmenes lleva fecha 5 de Octubre de 1821 y en el lapso de tiempo que ella indica, casi día por día, el 7 de Abril de 1822, va a dar a Colombia el triunfo de Bomboná cuya campaña es la seguridad de la victoria gemela del General Antonio José de Sucre en Pichincha y la libertad de Quito.

Desde allí, integrado ya el territorio colombiano, deseará nuevamente volver a San Mateo, a recordar los días de su infancia, los de su inolvidable amor, a derramar bondades entre los suyos, estando siempre dispuesto a servir a Colombia. No podrá hacerlo, sin embargo, pues la libertad de América le impondrá nuevos deberes e irá a cumplirlos con los hijos de Colombia.

Le hemos dejado en nuestros relatos anteriores consagrado a los preparativos de su nueva campaña, mientras Sucre cumplía con acierto en Guayaquil las órdenes que le diera Bolívar en comienzos de 1821 (1). Había llenado Bolívar el programa militar y político que se sintetizaba en la batalla de Carabobo y en la Constitución de Cúcuta y trazaba, con la elocuente sencillez de todo lo que es grande, las líneas de estrategia americana que recordamos conjuntamente con

(1) Tomo IV.—Segunda Parte.—VI. El Avance de la democracia colombiana.

sus cartas al Director Supremo de Chile, Don Bernardo O'Higgins, al Jefe de la escuadra chilena Lord Cochrane y al General que Chile ponía a la cabeza de la expedición liberadora del Perú. (2).

En esta comunicación al General Don José de San Martín, marca con nitidez la unión de los ejércitos de Colombia y de Chile. La inmensidad de la distancia hace casi imposible la marcha terrestre, desde Venezuela al Perú, y, según el documento citado, propone Bolívar llevar 4,000 hombres por mar. Su flota llegará hasta el Istmo de Panamá, en cuyo territorio se impondrán las armas republicanas; las divisiones colombianas vendrán a las playas del Pacífico y podrán embarcarse en las naves chilenas cuyo auxilio pide el Libertador. Sin perjuicio de ésto, se procurará habilitar otros puertos colombianos para recibir los batallones que irán a Guayaquil con un contingente de 3 ó 4 mil hombres.

La incesante acción republicana en el litoral del Caribe daba alientos a los patriotas del Istmo y el General Mariano Montilla juzgaba realizable, a poca costa, una expedición sobre Portobelo y Panamá. El enemigo estaba debilitado en esta zona y el pueblo cada vez más descontento del gobierno realista. Con arreglo a estos datos, el Presidente de Colombia dictó el 17 de Setiembre de 1821 un programa que debía cumplir el Coronel Bartolomé Salom. Reunidos los cuerpos de la Guardia, este jefe debía llenar el siguiente plan de conexiones: "Atravesar el Istmo y abrir las comunicaciones con Guayaquil, Buenaventura y el Chocó para enviar a los ejércitos del sur los refuerzos que lleguen a los puertos que ocupen las naves de Colombia o las de la Escuadra de Chile".

Dos imposiciones principales tiene este programa; a saber: **Primera**, que las necesidades internas del territorio, aun molestado por los realistas de Puerto Cabello y por algunos desafectos, permitieran la movilización de todos los cuerpos de la Guardia. **Segunda**, que la bien organizada dirección de la campaña, que con tanto esfuerzo prepararon los chilenos, permitiera la cooperación de la Escuadra, a la que estaban perfectamente dispuestos los marinos de Chile, como lo hemos establecido.

(2) Tomo IV.—Primera Parte.—VI. Culminaciones de la victoria.

La realización de estas dos condiciones daba al programa de Bolívar la característica de un paseo triunfal de los barcos chilenos y de los batallones colombianos. Tropiezos materiales no tenía este plan y, si bien se examina la situación, la dificultad estaba en la falta de comunicación directa entre el Director de Chile y el Presidente de Colombia. O'Higgins y Bolívar estaban separados por dos meses de tardanzas en su correspondencia y entre ellos se interponía el gobierno Protectoral del Perú que no acertó a mantener la unión entre los elementos que dirigía y que, por ende, no podía darles acertada y concordante orientación.

Tropiezos internos no tenía el Libertador, como no fueran los propios del estado de guerra, que él sabía dominar. Así por ejemplo, la pacificación de la zona de Maracaibo y Coro, tan rápidamente arrebatada al dominio español, podía exigir la permanencia de fuerzas veteranas y todo se reducía a reemplazarlas, pidiendo nuevos sacrificios a los hijos de Colombia.

La primera de las imposiciones del programa de Bolívar tendría siempre una solución positiva y, en cuanto a la segunda iba a procurar su reemplazo por las combinaciones de marchas terrestres y de transportes marítimos en las naves que alistarán en Guayaquil el General Sucre y su Jefe de Estado Mayor, Antonio Morales. La combinación estratégica americana no podrá malograrse porque tal o cual órgano se debilite; el artífice que la ha concebido, y que la está construyendo, no pierde de vista la finalidad y multiplica las soluciones posibles.

Tal es la obra de Bolívar en su nueva guerra, toda de pensamiento y de acción como las pasadas. Para llevarla a cabo, va a colocarse en el centro mismo de sus faenas para atender con presteza a las fibras débiles, para robustecer las acciones positivas, para hacer una sola red inquebrantable de las fuerzas actuales de la América que se emancipa y para conservarla como el fuerte tejido de las energías futuras de las Repúblicas que prosperan.

Irá a los compamentos del Sur, a ser el General reclamado por la complicada lucha contra el realista fuerte en su centro quiteño el que realizará la conexión de los ejércitos de Colombia con los que obraban en el Perú. La guerra era esencialmente nacional y eran preciso otras concordias que las de los

soldados, la unión de pueblos se imponía y Bolívar doblaba la acción de sus emisarios militares, como Sucre e Ibarra, con la de su embajador, don Joaquín Mosquera, que iba a Lima, a Santiago y a Buenos Aires a negociar pactos de asociación internacional que serían en el futuro, ejemplo para todas las naciones.

Iniciada esta labor integral con las órdenes transmitidas al Coronel Salom, surge una primera dificultad. Las facciones realistas palpitaban en Coro y Santa Marta y la tranquilidad de Colombia exigía que la protegieran tropas habituadas al triunfo. No sería posible la inmediata reunión de toda la Guardia para obrar sobre Panamá y Bolívar a todo atendía disponiendo sus fuerzas con arreglo a las resistencias de los sectores del Sur, de Panamá y del interior.

Una parte de los batallones selectos es destinada a dominar los movimientos internos y su dirección se confía al Coronel Carreño. El General Montilla deberá partir a Panamá tan pronto como asegure la pacificación del litoral. El resto de la Guardia, a las órdenes de Salom, servirá de base a los nuevos elementos que el Libertador va a reunir. Colombia proveerá así todas las fuerzas necesarias.

El 6 de Octubre dicta estas órdenes Bolívar, desde Cúcuta; el día 20 le contesta Salom desde Santa Marta que todos se dedican con entusiasmo a la realización de este plan, esperando estar prontos en breves días. Con igual empeño, Montilla, Lara y Carreño se afanan por sus nuevas instrucciones.

La expedición que llevaba Carreño al Oriente era la tranquilidad de la retaguardia libertadora; la que prepara Montilla para Panamá es parte integrante de la campaña continental y algún retardo en su ejecución no era de gran importancia. La demora era inadmisibles en el sector del Sur, nudo vital del programa; debía marcharse sin tardar.

Con arreglo a esta triple función militar, Bolívar impartió el 7 de Octubre de 1821 instrucciones concordantes a Salom, Montilla, Lara y Carreño; de éstas anotaremos las que correspondan al campo de la gran guerra, por decirlo así.

Con ligeras variaciones de nombres introducidas después, Lara tendrá a su cargo las marchas y organizaciones seccionales, conduciendo Salom el conjunto, con arreglo al siguiente programa:

Fuerzas. — Serán los batallones Rifles y Vencedor y toda la caballería de la Guardia, Guías, Lanceros, Húsares y Cazadores montados. Los jefes debían seleccionar su personal, tomando sólo hombres fuertes, reemplazando a los más débiles por los elegidos en otros cuerpos.

Dirección. — Las tropas podían venir embarcadas hasta Honda para seguir a Bogotá, pudiendo el jefe desembarcarlas en Puerto Nacional si no hubiera comodidades suficientes en las naves fluviales. Para mayor rapidez se consultaba la marcha en dos secciones: la primera iría por el río Magdalena hasta Honda y la otra desembarcaría en el puerto de Ocaña para seguir a Bogotá, por Bucaramanga y Socorro.

Auxilios. — Todas las autoridades del tránsito recibían órdenes terminantes para atender a los requerimientos de estas fuerzas con los elementos que se ponían a su disposición.

Contaba el Libertador, sobre la base de sus cuadros completos, con 2,000 infantes y cerca de 500 jinetes con esta primera división.

El segundo núcleo de sus fuerzas era la brigada del sur que comandaba el General Torres. Estaba reducida a los batallones Bogotá y Neiva, después de haber enviado al General Sucre el Albión, el Paya y algunos reclutas; debía tener 2,000 plazas de infantería y montar un escuadrón de Guías. Era una plataforma de partida y hacia ella va a llamar el Presidente de Colombia los contingentes que puedan proporcionarle las provincias.

Lo incierto era lo relativo a estas fuerzas, pues las noticias recientes no eran favorables. La guerra del Sur no presentaba un aspecto satisfactorio y debemos volver nuestras miradas a los meses pasados para exponer las actividades del General Torres sobre Pasto, mientras Sucre obraba sobre Quito, y apreciar la importancia de la obra constructiva que emprendía el Libertador.

La guerra en el Sur no presentaba un aspecto satisfactorio; Bolívar debía consagrarse a ella con toda la atención que merecía la peculiaridad de ese territorio colombiano aun no incorporado. Las provincias meridionales de Loja, Cuenca y Guayaquil se manifestaban afectas a la revolución; Quito no

olvidaba los fervores democráticos de los preludios de la guerra y su pueblo conservaba el culto de Salinas, de Quiroga, de Morales, de todos sus mártires del 2 de Agosto de 1810.

Mas, entre estas provincias y la Colombia republicana se interponía el nudo formidable de Pasto, cuyas cumbres dividen aguas que van al Pacífico por el río Patía, al Caribe por el Cauca y el Magdalena y al Atlántico por las cuencas del Putumayo; flancos de montañas y cálidos valles costaneros poblados por fanáticos defensores del Rey ante cuyas resistencias habían fracasado Baraza en 1811, Nariño en 1813 y acababa de estrellarse contra ellos, en Febrero de 1821, el General Manuel Valdés en Chaguarbambas o quebrada de Genoy. Allí luchaba ahora el General Pedro León Torres.

A esta comarca vino después del armisticio de Trujillo el General Sucre y se consagraba como línea fronteriza de Colombia el río Mayo. Mientras Sucre obraba en Guayaquil y Bolívar desarrollaba su campaña de Carabobo, el Vicepresidente de Colombia quedaba a cargo de esta guerra. El General Santander, prolijo y concienzudo como era, la estudiaba en todos sus detalles y escribía al Libertador: "Le incluyo un diseño del Juanambú, verdadero Termópilas de Cundinamarca; me he confirmado que la ocupación de este paso es más bien obra de la inteligencia que de la intrepidez".

Santander pedía un General para la campaña del Sur; para vencer esas dificultades no se podía improvisar un hombre. El Libertador puso a las órdenes del Vicepresidente, Director de la guerra, al General Torres y Santander se consagró a procurarle todos los elementos necesarios para que pudiera emprender su marcha sobre Quito, conservando el dominio de la costa desde Buena Ventura a Tumaco y más allá, obrando en unión con el activo gobernador del Chocó, José María Cancino.

Un rudo adversario tenía delante de sí el General Torres; era el Coronel español Basilio García, verdadero nervio de la resistencia desde que llegara a Popayán con los soldados del Aragón, salvados después del triunfo republicano de Boyacá. Los días del armisticio llegaron a su término y García se preparó al ataque de Popayán.

Propuso suspender toda hostilidad y prolongar la tregua siempre que los republicanos abandonaran la línea del río Mayo, replegándose a la cuchilla de Tambo que ciñe la cuenca del Patía al Sur de Popayán, y que se comprometiera a no enviar tropas a Guayaquil. Esto era inaceptable, pues equivalía al abandono del General Sucre, a la consolidación del dominio español desde Cuenca a Loja; era en síntesis la pérdida de una campaña, abandonando al enemigo una gran base para la siempre esperada expedición restauradora del dominio español.

En el detalle mismo, la proposición de García era inaceptable, pues, al pactarse el armisticio, el Presidente Aymerich eliminó a Guayaquil y los patriotas conservaban sus posiciones del Mayo y gruesos destacamentos en Trapiche, sitio que hoy se llama Bolívar.

Un arreglo era imposible y Torres y García se limitaron a fijar la fecha del 27 de Mayo como término de la tregua. El jefe español avanzó sobre Popayán con 400 veteranos protegidos por las guerrillas de los Córdobas, Obañdo, Parra, Sarria y Toro, que se habían mantenido fieles al Rey, siendo pocos los montoneros, como Simón Muñoz, que habían abrazado la causa de Colombia. El objetivo de García no era ciertamente vencer para avances decisivos; su misión se limitaba a ligar en esa frontera las actividades republicanas, a fin de impedir que se enviaran refuerzos a la división de Guayaquil. Aymerich estaba en el centro y podía obrar con relativa libertad sobre las fuerzas de Sucre o contra las de Torres, moviendo sus recursos en líneas interiores para desgastar separadamente a sus dos adversarios, vencerlos tal vez, en espera de los siempre anhelados socorros de ultramar.

Esta actitud realista imponía la de los colombianos, o sea la compresión en las dos extremidades de esa línea; en el sector de Pasto y en el inmediato a Guayaquil, dando así a la guerra del Sur todo el carácter de una gran batalla de maniobra en ese inmenso sector. Roto en un flanco el enemigo, digamos en Pasto, el otro se vería encerrado entre el triunfador del Norte y el invasor de Guayaquil; vice-versa, victorioso Sucre sobre Quito, la rendición del jefe de Pasto era inevitable. Mas, para que esto sucediera, era indispensable mante-

ner las dos presiones, dando a cada una de ellas el carácter propio de la zona de su aplicación.

Más fácil era la penetración sobre Quito, partiendo de Guayaquil, por las vías que hemos visto seguir a Sucre; pero estas ventajas tenían el contrapeso de la dificultad para reunir fuerzas adecuadas para la acción. El Presidente Aymerich contaba con tropas veteranas y buenos jefes y el General Sucre debía improvisar sus soldados en territorio guayaquileño o contar con los socorros que debían venirle de la región donde obraba el General Torres. Más dura era la invasión por los desfiladeros de Pasto, dificultad compensada con la mayor facilidad para reunir hombres y elementos de combate.

El programa patriota sería, indudablemente, la línea de menor resistencia y de aquí el empeño del Coronel García para poner obstáculos a esa maniobra. Era necesario, como pedía Santander al Libertador, que Colombia dispusiera allí de un gran General, que dominara todo el conjunto y con todos los prestigios necesarios para no temer a las responsabilidades de la empresa que complicaban las asperidades del suelo, las inclemencias del clima y la enemistad de los pobladores.

En este primer aspecto, el problema del Sur era sólo colombiano: pero tenía otro de más comprensivo interés: las comarcas meridionales eran el centro de conexión de las armas de las naciones del Océano Pacífico, conexión indispensable para la estabilidad de los triunfos de colombianos y chilenos, mediante la eliminación de las armas monárquicas en el Perú. Este sector de la guerra era esencialmente americano y no podía confiarse a un General mediocre; era preciso, según el deseo de Santander, la dirección de alguien que, en cualquier momento, no temiera afrontar una emergencia de retroceso, de desastre aún, como las ocurridas en los años anteriores. Los realistas de Quito podían recibir recursos de ultramar o aun del Perú, en caso de cualquiera debilidad de la expedición libertadora que allí obraba, derivándose de aquí una victoria de Aymerich y el incremento de su poderío, hasta convertir el centro quiteño en una amenaza para Colombia. El General republicano debía alzarse a toda la altura de concepciones de una campaña de influencias continentales.

El llamado a dirigirla era el Libertador y así se propuso hacerlo desde los días del armisticio de Trujillo; no le fué posible pues las negociaciones diplomáticas que fueron su consecuencia lo retenían en Bogotá y, luego después, debió consagrarse a la guerra que culminó en Carabobo. Ahora podía asumir esta responsabilidad; el comando era la gran incógnita y despejada de este modo se tendría la solución definitiva que ansiaba el General Santander cuando decía: “una vez allanado este tropiezo, que siempre han encontrado “nuestras tropas, nada queda por hacer de dificultoso”.

Conviene precisar el estado de guerra que va a recibir Bolívar, recordando lo ocurrido en Popayán después del armisticio. El 15 de Junio de 1821 se presenta Basilio García ante esta plaza y el General Torres lo esperó fortificado en sus accesos, obligándolo a retirarse después de una violenta acometida en los barrios de San Camilo y San Francisco. Volvió a Pasto el intrépido español, dejando vigilado a Torres por las guerrillas de Obando en Tampo y por las de Córdoba, en Timbío sobre los accesos de los valles de Patía, asistidos ambos por veteranos de su Aragón; vigilaba aún los accesos de la costa de Barbacoas con las columnas de Vicente Parra. Exaltaba así García las hostilidades del medio en que podía obrar el republicano y podía entorpecer todos sus movimientos con las resistencias de sus montoneras, perturbando la estrategia de la invasión colombiana y sin abandonar la esperanza de obtener un triunfo.

En este ambiente desfavorable, el General Torres podía maniobrar con los batallones Bogotá y Neiva y los recién formados Cauca y Paya, además un escuadrón de Guías, con un efectivo total de 1,800 hombres. Los despliegues de García obligaban a Torres a prepararse para una gran ofensiva y detenía en sus campamentos las fuerzas que debía enviar a Sucre y que este General reclamaba con insistencia desde Guayaquil. Era la batalla de maniobra en práctica por el director realista de la guerra desde el centro de Quito. Puede criticarse a Torres su actitud, pero no es posible prescindir de su responsabilidad. Fácil es decir que habrían bastado unos centenares de hombres en Popayán para detener al jefe de Pasto, mas también debe considerarse la perturbación que este relati-

vo abandono habría podido causar, por el doble motivo de facilitar el envío de fuerzas a Quito y por la extensión de los dominios realistas sobre el litoral del Pacífico. Era una zona de frotamientos intensos, como que en ella estaba el verdadero quicio de la guerra definitiva, y no era posible desentenderse de estas características.

Alejado García, preparó Torres la acción enviando como explorador al territorio de Patía al Coronel Infante con 80 Guías; su misión era de reconocimiento y de suministro de ganados y caballos. Le acompañaba el antiguo adversario Simón Muñoz y fué más allá de lo que le permitían sus consignas en su recorrida por Timbío. Los destacamentos realistas de José María Obando y de los Córdoba lograron reunirse y el 15 de Julio obligaron a un combate a la columna de Infante, en un terreno boscoso que inutilizaba sus caballos. Sólo 12 Guías volvieron al cuartel de Popayán, quedando prisioneros el Coronel Infante, los Comandantes Jiménez y Muñoz, dos oficiales y 46 jinetes. Igual éxito encontraba el realista Parra, que obraba en Barbacoas, contra la guarnición republicana y procuró penetrar en el Alto Chocó.

Eran funestos preludios de la campaña de Torres que intentaba penetrar en la provincia de Pasto por la zona oriental de Guáitara, a fin de evitar el camino de anteriores desastres por el alto Juananbú, Boquerón y Tasines. El 29 de Julio se puso en marcha para el valle de Patía, dejando en Popayán una débil guarnición de 70 hombres regida por el Comandante Pedro Murgueytío.

La marcha fué como la de todas las tropas republicanas de aquella comarca, en medio de la red de guerrilleros que hormigueaba en sus flancos y molestaba su retaguardia. En esta ocasión las partidas de Córdoba y Sarría se unieron a las de Castillo, que vigilaba en Tambo, y el 13 de Agosto en la noche, con una masa de 300 hombres asaltaron a Popayán. El saqueo de los almacenes de guerra, de la casa de moneda y de la ciudad eran sus principales objetivos, ya que ninguna consecuencia militar podía tener su éxito. El Comandante Murgueytío dió ánimos a su tropa, alentó a los vecinos de Popayán y, gracias a una defensa heroica, la ciudad se vió

libre a las tres de la mañana de la horrible amenaza de los desmanes de esa turba.

Entretanto, Torres avanzaba por el valle de Patia y luego comenzaron sus soldados a sufrir con las fiebres palúdicas, a desmayar en sus etapas, a ser víctimas de las acechanzas de los montoneros y a deprimirse en su moral ante las expectativas de un combate en la zona de Juanambú o de Guáitara, que era ya toda una leyenda de infortunios republicanos. Resolvióse, pues, a regresar y el 29 de Agosto entraba a Popayán, acuartelando sus tropas a 8 kilómetros de distancia en el sitio más sano de Calibío.

El triste estado sanitario de su División, que había perdido más de 350 hombres en el viaje, el abatimiento moral que estimulaba la desertión, no le permitieron mantenerse allí y fué autorizado por el Gobierno para retirarse al valle de Cauca. El 12 de Setiembre emprendió su retroceso, después de retirar los elementos utilizables por el enemigo, quedando el Coronel Antonio Obando con una pequeña columna en la guarnición de Popayán.

A fines del siguiente Octubre, la tropa de Obando se retiraba también.

Los montoneros ocupaban a Popayán y extraían de la casa de moneda elementos y utensilios que el gobernante español de Quito iba a aprovechar para su fabricación de municiones.

Tal era la situación de la campaña del Sur; el Vicepresidente Santander, que la dirigía, al conocer estos sucesos, escribe al Libertador: "Visto es que la División del General Torres apenas pudo obrar hacia Pasto y que sería locura pretender combatir contra cuerpos numerosos con ese pequeño cuerpo de reclutas. De todos modos, insisto en que el Sur necesita de un gran cuerpo y de un general; y recuerdo que no tenemos armas con qué dotar a 3,000 hombres más de los que pueden quedar en el sur de la División Torres".

Preocupación inmediata de Bolívar era este ejército del Sur que por los días de su permanencia en Cúcuta, estaba reducido a poco más de 2,000 hombres. Era urgente normalizar la situación, llamar los contingentes necesarios para com-

pletar las fuerzas expedicionarias conforme a su programa y procurarse los recursos de dinero para la guerra.

Las sesiones del Congreso de Cúcuta tocaban a su término; y Bolívar toma la dirección superior de las operaciones bélicas y el General Santander asume la efectividad de las funciones de la Presidencia de la República. Pocos días después había dicho el Libertador que contaba con 4,000 reclutas y que estaba colectando un empréstito de doscientos mil pesos para atender a la campaña libertadora de las provincias meridionales. El General Santander, como jefe del Gobierno colombiano, será el más constante y decidido cooperador de Bolívar en la magna empresa que prepara y que tantas glorias dará a Colombia.

El Libertador, con las facultades especiales que le da la ley como Presidente de la República en campaña, es el mismo Simón Bolívar de la prodigiosa actividad y de las rápidas soluciones dentro del bien meditado programa. Da sus instrucciones precisas a Salom y a Lara y el mismo se pone en viaje.

Es un momento de crisis en la historia americana; la hemos visto esbozarse en el Congreso de Cúcuta, Bolívar la siente venir y procura conjurarla con las nuevas grandezas de la patria. Principian a manifestarse pequeños dislocamientos del organismo colombiano, con tanto afán construído por el Libertador; el gran objetivo del grandioso sistema no está aún alcanzado, sólo se han construído los grandes cimientos, pero es preciso alzar sobre ellos los muros sólidos del gran edificio americano y, en las ventajas locales obtenidas, el alma popular se distancia un tanto de esta concepción superior, cuyas influencias le afectan menos. Esto puede ser un debilitamiento, que haga peligrar la obra ya construída, y Bolívar se empeña como en los primeros días en solidificar la unión de pueblos.

Parece paradójal nuestra observación en los momentos en que el Congreso de Cúcuta dictaba las buenas leyes que hemos analizado anteriormente, y en que las armas de Colombia triunfaban doquiera las llevaban el Libertador o sus lugartenientes y en que los ecos de estos éxitos cívicos y militares inspiraban más allá de las fronteras, sentimientos de respeto por la nación que se constituía con tan notables esfuer-

zos; sin embargo, el instante era el del nacimiento de una crisis funcional.

Colombia tenía una doble finalidad, como tantas veces lo hemos dicho: la que buscó Bolívar uniendo pueblos para conquistar la libertad, que de otro modo no lograrían, y también la de consolidar una fraternidad para la grandeza futura. Deseaba el Libertador este empeño solidario para el progreso; a su juicio, la naturaleza misma lo imponía y no había más obstáculos que el dominio de la materia para valorizar riquezas y el vencimiento del amor propio que debía satisfacerse más en la grande obra común que en los engañosos predominios de un teatro restringido de éxitos personales.

El genio de Bolívar aspiraba a formar en Hispano-América lo que el espíritu práctico de los sajones realizaba en el Septentrión. Las tres colonias atlánticas de pueblos del norte europeo, independizadas en 1787, se habían desarrollado en el ambiente de sus relativas libertades entre el litoral y las montañas, mientras los monarcas de las regiones vecinas, Francia y España, dominaban las grandes vías de penetración continental; la primera por el río San Lorenzo hasta los grandes lagos y ambas, en cierto momento, por el río Mississippi hasta la misma comarca. Los republicanos de Norte América buscaron su expansión por la ordenanza llamada del Noroeste, dictada en 1787, que fijaba las condiciones en que nuevos Estados serían admitidos en la Unión y los derechos políticos que ésta les garantizaba. Los horizontes estrechos de los primeros días se dilataban en beneficio de la comunidad y el gobierno de Washington extendía su territorio gracias a las felices negociaciones con Francia y España, que le dieron la Luisiana y la Florida en 1803 y en 1819. El hombre práctico del Norte se había sustituido en las líneas descubiertas por las poderosas iniciativas de los hijos del Sur y, desde entonces, Norte América adquirió los relieves de potencia mundial que estaba llamada a ser.

La unidad hispano-americana se había hecho bajo el cetro monárquico sólo en cuanto el conjunto satisfacía a los programas de España en el Viejo Mundo; mas nunca se tuvo el talento ni el propósito de armonizar estas colonias dentro de sus naturales líneas de concordancia, salvo en el año 1783

cuando España y Francia celebraban con Inglaterra Tratados de paz que importaban la pérdida de sus colonias del Nuevo Mundo. El Conde de Aranda dijo entonces a su Rey, Carlos III: “Acabo de firmar el Tratado de Paz con Inglaterra. Esta negociación, que según los honrosos términos que de palabra y por escrito se ha servido darme Vuestra Majestad, ha sido concluída conforme a las reales intenciones y ha dejado, sin embargo, en mi alma una impresión dolorosa que me veo obligado a manifestar. La independendencia de las colonias inglesas acaba de ser reconocida y esto es para mí un motivo de temor y de pesar. Esta República federal ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha necesitado el apoyo de Estados tan poderosos como España y Francia para lograr su independendencia. Tiempo vendrá en que llegará a ser gigante; olvidará entonces los beneficios que recibió y no pensará sino en engrandecerse. Su primer paso será apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de Méjico.”

La predicción de Aranda se realizaba, y como ella, otros vaticinios que hizo a su Rey para estimularlo a tomar medidas conservadoras de la influencia española en las expansiones de la civilización que había dirigido en el pasado. Entre ellas estaba la agrupación de sus colonias en naciones autónomas que constituirían el Imperio Español. “Debe Vuestra Majestad, informaba Aranda, desprenderse de todas sus posesiones del Continente Americano, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico, y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, con el objeto de que nos sirvan de escalas de comercio. A fin de ejecutar este gran pensamiento, de una manera que convenga a la España, deberán colocarse tres Infantes en América: uno rey de Méjico, otro del Perú y el tercero de Costa Firme. Vuestra Majestad tomará el título de Emperador.”

Estas observaciones demuestran que el Ministro Aranda tenía conocimiento de las diferenciaciones evolutivas producidas en los dominios de su Monarca y ciertamente, si hubiera tenido más datos sobre las distancias, no habría omitido en esta subdivisión imperial ni a Chile ni a Buenos Aires.

La idea de Aranda era también el pensamiento del Libertador; con mejores conocimientos, las agrupaciones del re-

publicano serían Méjico, Colombia, Perú, Chile y Buenos Aires, en perfecta autonomía no bajo el cetro de un Infante de España sino bajo la autoridad derivada de las soberanías populares, no sometidas a la dirección de un Emperador de Ultramar, sino ligadas por solemnes pactos de unión para el interés común.

Una parte de sus ideales satisfacía Bolívar, constituyendo con Venezuela, Nueva Granada y Quito una sola entidad nacional y marchaba tras la unión Continental, enviando a Méjico, a Lima, a Santiago y a Buenos Aires ministros colombianos que negociaran lo que él llamaba PACTOS DE LIGA, UNION Y CONFEDERACION PARA ASEGURAR LA INDEPENDENCIA, LA MUTUA PROSPERIDAD Y LA MEJOR ARMONIA ENTRE LOS PUEBLOS Y LAS DEMAS POTENCIAS. Su obra colombiana estaba hecha y sólo faltaba esta expansión americana que habría sido de incalculables beneficios para las naciones cuya vitalidad se había demostrado pujante, hasta el extremo de obtener su independencia por sus solas fuerzas, sin ningún auxilio extraño como recordaba el Conde de Aranda al referirse a las colonias de Norte América.

Bolívar tenía confianza en su obra; mas, su conservación necesitaba corazones y cerebros análogos al suyo y no otros que se complacieran en los afectos de lo que podían dominar directamente. Colombia, su hija, era para Bolívar como una Minerva americana, diosa de la guerra y de la paz, también de la justicia y de la prosperidad.

La unión colombiana debía asegurar con sus triunfos guerreros la emancipación de América y seguir su propia órbita, dentro del sistema continental que anhelaba el Libertador. Su robustez en la paz era tan necesaria como su energía en la contienda; para esto se precisaba la uniformidad de propósitos que manifestaba Bolívar, ascendiendo desde la comunión de pueblos a la solidaridad americana. En las múltiples direcciones de este progreso, era preciso que los pensamientos coincidieran, so pena de destruir la obra por las divergencias internas. Era precisamente, después del Congreso de Cúcuta, el momento para esta uniformidad de acción interna, de plenitud de vida cívica orientada por un gran ideal en cuyo altar

debían sacrificarse primacías destructoras. Bolívar había dado homogeneidad en la guerra a los hombres del llano y de la sierra; le fué relativamente fácil pues se enseñoreaba de todas las almas el sentimiento de la emancipación; deseaba igual homogeneidad en la paz, la concordia para constituir una nación soberana con puertos en tres océanos, y con maravillosas vías de penetración, y esto que parecía más hacedero, pues era todo un programa de grandes intereses, será sin embargo, el gran escollo que hará naufragar la inmensa nave.

Colombia tenía dos funciones: libertad inmediata y grandeza futura; Bolívar quería la realización de ambas y otros se contentaban con la primera; su deber era buscarlas conjuntamente y responsabilidad de sus sucesores será la función derivada, la de grandeza nacional, después de haber obtenido la primaria de independencia. Era, como decíamos, el momento crítico de la organización de Hispano-América.

Bolívar no podía encargarse de ambas labores; no le era posible estar en la tribuna de esa propaganda de civismo continental y al frente de los soldados, que debían reunir todo el territorio patrio, y aun traspasar sus fronteras para consolidar la independencia. La lucha era contra una gran Potencia europea que podía contratar eficaces alianzas y era necesario hacer también una nación grande en Sud América para obtener la victoria y aliarla también con las que ya hubieran conseguido su libertad. Era un sano principio de equilibrio de fuerzas integrales, materiales y morales, el que imponía el genio del General Bolívar.

El Libertador irá al frente de combates y el Vice-Presidente Santander se hace responsable de la vida de Colombia; Bolívar toma a su cargo la libertad y la unión de las naciones americanas y Santander proveerá desde la patria estratégica a todo lo necesario para el éxito de la guerra y, al propio tiempo, desarrollará todos los procedimientos atractivos empleados por el Libertador para realizar la unión. No era fácil la empresa para el Vice-Presidente colombiano; necesitaría rasgos de particular energía para unir a venezolanos y neo-granadinos en un programa común de prosperidades dentro de la Patria Grande, prescindiendo de intereses lugareños; Bolívar habría logrado la confraternidad de cumanenses, caraqueños

y llaneros que se sentían orgullosos de llamarse venezolanos; con igual método venezolanos y neo-granadinos habían sentido el justo halago de llamarse ciudadanos de la Gran Colombia vencedora. Todo esto era el efecto de los éxitos guerreros, del calor de las glorias; y ahora se trataba de darle permanencia con el fuego del progreso y para que esto aconteciera sería menester que, a las victorias campales, sucedieran los triunfos de la producción y del comercio. No debía haber discontinuidad en la unión y, si una fractura llegaba a producirse, los intereses locales que se crearan harían muy difícil la reconstitución del conjunto.

Las patriecillas, como llamaba el General Soublette a las fracciones territoriales del primer regionalismo venezolano, habían desaparecido a medida que el progreso perfeccionó a los hombres; Bolívar deseaba la continuidad de esta evolución hasta constituir un sistema de fraternizaciones estrechas en torno de un hogar común. Mientras el Libertador llenaba su misión guerrera de consolidar la independencia, Santander debía ser el continuador de la obra colombiana como Bolívar la había anunciado en el Congreso de Angostura.

Difícil era la tarea de Santander, más ardua tal vez que la de Bolívar en los campos de batalla. El sistema de agrupaciones humanas es toda una serie de dilataciones en torno de un foco y en campos de energías muy diversificadas. En el orden natural de mínima importancia, la autoridad se genera en esos grupos para dirigir sus intereses, se orienta por ellos y llega a la ordenación necesaria: es la patriecilla de Soublette. El desarrollo de este grupo, confiado a sus propias fuerzas, es muy lento y busca irradiaciones externas que le son necesarias. Las fuerzas irradiantes se agrupan en torno de un foco más potente, de mayor órbita de acción, un nuevo núcleo se constituye; en él nada han perdido las entidades primitivas, lejos de eso se han vigorizado en el sistema de intercambio de energías internas y en la generación de resultantes de mayor eficacia: es la patria grande.

Hasta aquí había llegado la evolución americana en Venezuela, en Nueva Granada y en Quito. En todas estas patrias había emanaciones de potencialidad externa susceptibles de coordinación armónica para la mayor prosperidad de todas y

de cada una; ellas debían agruparse en torno de un foco concentrador de fuerzas poderosas que se podían distribuir en el conjunto de actividades, sin que nadie saliera de su órbita y recibiendo cada cual los máximos impulsos en su propia vía de progresividades. En este preciso problema del Libertador, el foco debía ser colombiano, no podía ser ni quiteño, ni granadino, ni venezolano, porque esto traería la ruptura. Esto importaba colocarse en una altura dominadora del magnífico conjunto del porvenir y no atardarse en la contemplación de horizontes más limitados; era una lucha por la homogeneidad en marcha ascensional lo que deseaban Bolívar y los que con él compartían estas ideas; la grandiosidad del concepto no penetraría en otras conciencias, en las de quienes buscan éxitos más fáciles y la tarea del Vice-Presidente de Colombia, en la propaganda de estos ideales, se estrellaría con las mezquindades de muchos egoísmos. Si el General Santander no logra éxito en esta gran empresa del futuro, culpa no es de él sino de los elementos que tenía que fundir en este crisol de la gran nación; muchos eran refractarios y esta cualidad no podía trasformarse sino por obra de una evolución espiritual que no se realiza en corto tiempo; comprenderían todos la unión para la libertad, menos sensibles serían a la concordia para construir el edificio gigante aun con retardo de sus prosperidades; Santander pediría y obtendría las cooperaciones que exigía Bolívar para la guerra, secundaria la obra orgánica de Colombia y de las alianzas americanas; pero ni él ni el Libertador podrían ir más allá de las naturales resistencias que sólo puede vencer el progreso de la civilización, como en realidad las está venciendo en estos tiempos.

Confiaba Bolívar en que sus compañeros de tantos años de sacrificio no dejarán la obra que, aunque llevaba el sello de sus iniciativas, era el fruto de comunes esfuerzos. Muchos perdurarían en estos grandes propósitos, otros no se sentirían capaces de empresas de gigantes y buscarían los predomios en los sectores primitivos de la gran Nación, ni más ni menos que como lo haría un marino incapaz de gobernar un gran navío y que se contentara con ser el amo de una goleta. La continuidad de su acción era necesaria para fortalecer a Colombia en su vida interna y también para que llenara su misión

exterior; indispensable era lo primero, mas, como esto dependía en gran parte de las actividades externas, Bolívar debió consagrarse a la tarea de poner a Colombia a cubierto de toda eventualidad. El realismo aun palpitante en el Perú y las tendencias monárquicas que veía despuntar eran un peligro para la libertad colombiana y tomó para sí la misión más dura, dejando a Santander la no menos ardua de proveer elementos para la victoria y de estrechar los lazos íntimos.

A pesar de todo, la acción colombiana desempeñará brillantemente la primera de sus funciones: la libertadora, bajo el incesante estímulo de Bolívar que pedirá más cooperadores y más recursos, Colombia se los dará y Bolívar irá a combatir con ellos por las democracias de América; con él estarán Sucre, Lara, Salom, Córdoba, Ibarra y tantos otros que ya son como nuestros amigos, a fuerza de verlos aparecer en las páginas de esta historia en sus abnegaciones por la emancipación continental.

El Continente entero nace a una nueva vida; en Méjico avanzan las nuevas doctrinas; ya son dueñas de las Provincias del Río de la Plata donde se calman las exuberancias juveniles del pueblo; Chile sobrio y tranquilo impulsa la libertad del Perú y ya sabemos el cuadro colombiano: los extremos de su litoral preparan su incorporación a la democracia y pueden contarse los días para resolver los problemas de Panamá y Guayaquil y sólo queda la zona interna de Pasto a Quito y de Quito al interior del Perú, donde aun domina la reacción monárquica. Allí está llamado el Libertador con sus soldados mientras sus diplomáticos van a Lima, Santiago y Buenos Aires, llevando sus doctrinas para traducirlas en tratados de unión y confederación. Esta obra de Colombia se va a realizar y estos días de los esfuerzos, en que vamos a seguir al Libertador, son los de la gran preparación de la campaña americana.

Despídese en Cúcuta de los congresales, deja a Santander a cargo del Poder Ejecutivo y recorre las provincias de sus antiguas victorias para pedirles la formación de nuevos batallones. El 9 de Octubre de 1821 inicia su viaje por Pamplona y Tunja hacia Bogotá, estudiando en todas las comarcas los elementos que pueden proporcionar y ordenando a los gober-

nadores la atención de los regimientos de la **Guardia** que vienen de Santa Marta.

Ya en Bogotá, a fines del indicado mes, sus órdenes pueden resumirse en un pedido de 800 soldados a Antioquia, a Socorro y Tunja un contingente igual y sólo de 300 hombres a cada una de las provincias de Cundinamarca, Mariquita y Neiva. Estas fuerzas marcharían a Popayán y el General Torres debía completar su escuadrón de **Guías** y dotar con 1000 infantes cada uno de sus batallones **Bogotá** y **Neiva**. Durante su breve permanencia en Bogotá activó, como él sabía hacerlo, todo lo relativo al equipo, aprovisionamiento y municiones de su ejército cuyas fuerzas debían llegar a 4720 combatientes distribuídas en los siguientes cuerpos:

Batallón Rifles: 1000 plazas. Teniente Coronel Arturo Sande.

Batallón Vencedor: 1000 plazas. Teniente Coronel J. F. Pulido.

Batallón **Bogotá**: 1000 plazas. Teniente Coronel Joaquín Paris.

Batallón **Neiva**: 1000 plazas. Teniente Coronel Pedro García.

Escuadrón **Lanceros**: 120 jinetes. Teniente Coronel Cruz Paredes.

Escuadrón **Húsares**: 120 jinetes. Teniente Coronel Laurencio Silva.

Escuadrones de **Guías**: 360 jinetes. Tenientes Coroneles Calderón y Carvajal.

Cazadores montados: 120 jinetes. Teniente Coronel Juan José Flores.

Era una división con un fuerte núcleo de tropas agueridas y oficiales experimentados a la que se agregarían los cuerpos formados con los alistamientos que ordenaba. El punto de reunión debía ser Popayán, donde el General Pedro León Torres completaba sus efectivos y esperaba a los cuerpos de la **Guardia** que subirían por el Magdalena hasta Ocaña, para seguir por los valles de Socorro a Bogotá y luego a las cálidas planicies de Neiva y, de aquí, por los caminos de la cordillera central que las circunstancias determinaran.

En el trazado de su campaña, busca el Libertador la línea de menor resistencia; la pacificación del territorio y las incertidumbres de la venida de la Escuadra de Chile no le permiten tomar la vía de Panamá y, ya desde Tunja, resuelve que serán su base los puertos colombianos del Pacífico para las conexiones con Guayaquil.

Necesita un auxiliar activo que secunde al General Sucre y determina que Antonio Morales busque en Guayaquil todos los elementos de transporte necesarios. “Terminada la “ campaña de Venezuela, dícele el 20 de Octubre, y dispues- “ to todo lo conveniente para la del Sur, están ya en mar- “ cha 4000 hombres de la Guardia, con el armamento y equi- “ po correspondientes; es de toda importancia que vengan a “ Buenaventura cuantos buques puedan reunirse en el puerto “ y costa de Guayaquil, para que se transporten las tropas sin “ demora. Esto servirá a V.S. de gobierno en la parte que le “ toca y muy particularmente en la reunión de buques de que “ V.S. debe encargarse exclusivamente”.

Al General Torres le envía en la misma fecha órdenes para el embarque de sus tropas, operación “en que no debe perderse un minuto”. Los refuerzos para este General y sus elementos de movilización son pedidos con urgencia al Gobernador de Antioquia y al del Cauca, siendo especial recomendación para este último la provisión de animales de transporte y de remonta.

La integración del territorio colombiano es fundamental exigencia para asegurar la tranquilidad interna y proseguir la campaña americana con toda confianza, y deseoso como siempre de la rapidez máxima, no descuida circunstancia alguna que pueda contribuir al retardo de las operaciones. Sabedor de que la época de las lluvias puede obstaculizar la marcha de Guayaquil a Quito, contempla una variante en sus instrucciones a Torres, diciéndole que probablemente será preciso obrar a la vez por Pasto y Guayaquil, de modo que debe cuidar con especial esmero de las fuerzas que vayan al litoral, conservando una gruesa División en la Provincia de Popayán.

Completa este cuadro de maniobras que ya se realizan, enviando de avanzada por el camino que él mismo seguirá al Comandante Joaquín París, a fin de que disponga la ocupa-

ción de Popayán, que será el Cuartel General, el de retención de los realistas, mientras se reúnen en Cali las tropas que deben embarcarse por Buenaventura.

Como consecuencia de estas órdenes, estaban en plena actividad los territorios al Oriente del Magdalena, de Bogotá a Neiva, y por el Occidente desde Honda a Ibagué, reuniendo todos los elementos necesarios para la Guardia. En el valle del Cauca, desde Antioquia a Cali, marchaban los socorros requeridos. En esos días se entregaban en Bogotá 1600 hombres al Comandante París y a otros oficiales; Socorro, Pamplona y Tumja anunciaban la preparación de 1100 plazas para los batallones Rifles y Vencedor y el Teniente Coronel Leal reunía en Antioquia cerca de 700 plazas para llevar a los campos del Sur.

El 10 de Diciembre dicta el Libertador minuciosas órdenes para la marcha de las tropas hacia Neiva, en cómodas jornadas para que pudieran vencer las dilatadas distancias que las separaban de su destino. Aquel guerrero que llevaba en su mente las grandes preocupaciones continentales estaba en todos los detalles de su empresa, en la instrucción de sus tropas, en el abastecimiento de municiones y de víveres, en el aderezo de uniformes, en el escalonamiento de sus descansos y hasta en las calidades del calzado para las marchas, siendo para él las alpargatas renglón de primera necesidad.

El 13 de Diciembre deja Bolívar a Bogotá por la vía de Tocaima, Purificación y Neiva, preparando el viaje de sus batallones, y ya el 22 de Diciembre está en la villa de La Plata, disponiéndose a cruzar la Cordillera Central para incorporarse al Ejército de Torres. Allí recibía noticias del armisticio que celebraba Sucre en Babahoyo y prescribía el inmediato envío de 500 hombres a Guayaquil.

Las novedades del Ejército de Popayán no eran favorables. Torres sólo tenía 934 hombres disponibles y la avanzada del Comandante París, que fué de 520 reclutas, se hallaba reducida por las enfermedades y la desertión a poco más de 300. Era tiempo de que el Presidente de Colombia se hiciera cargo de los ejércitos del Sur para subsanar todos los tropiezos que allí se presentaban. En verdad los llamados a las filas eran resistidos por el pueblo temeroso de los desfiladeros de

Pasto y del mortífero clima de Patía, inevitables tropiezos cuya influencia sólo podría atenuarse con la más atinada dirección de la campaña y con el mayor esmero en el cuidado de las tropas. Había que reparar todos los errores del pasado y dar confianza a los habitantes.

Bolívar se hizo preceder por mensajeros de paz que podían preparar un ambiente de menores esfuerzos que en las campañas anteriores; desde Bogotá envió a Pasto y a Quito a los Coroneles Juan Paz del Castillo y Antonio Obando con el objeto de que enteraran a las autoridades españolas de la verdadera situación de la guerra, llevándoles toda clase de documentos sobre el estado militar y político de Méjico, Colombia, Perú, Chile y Buenos Aires e invitándolos a una capitulación honrosa.

Según sus instrucciones, estos comisionados debían negociar el canje de prisioneros, en conformidad a los convenios de Trujillo; ofrecerían las más honrosas condiciones para la capitulación, como se había hecho en La Guaira, Cartagena y Cumaná y la más completa amnistía para los enemigos de la República. Debían invitar a las autoridades para que enviaran delegados a sus campamentos a fin de que se cercioraran de la imposibilidad de conservar sus posiciones.

Estas medidas del Libertador eran en todo análogas a las que en esos días tomaba Sucre para negociar el armisticio de Babahoyo, que el jefe español firmara, pero que no sería ratificado por el Gobierno superior de Quito, empeñado en continuar la campaña sobre Pasto ya que en esos meses lluviosos no podía bajar a Guayaquil. Anotamos estas circunstancias que destacan las ventajas que tenía el centro realista de Quito a donde no podían llegar los invasores republicanos en los primeros meses del año sino con una gran diversión para tomar los caminos cordilleranos del Norte o del Sur.

En medio de estas tribulaciones, el Libertador recibía noticia de los temores de una invasión de Morales sobre la Provincia de Caracas; él no podía ir y, desde su estación de Zambique, enviaba instrucciones a Soublette para contener eficazmente toda perturbación. Colombia tenía fuerzas para quebrantar las rebeliones que intentara el realismo y no podía sacrificarse la campaña continental. Cuanto aun tiene en su pa-

tria, sus posesiones de Chirgua y de Caicara, lo pone Bolívar generosamente a disposición del Tesoro para la defensa del orden en Colombia.

En su carrera, los quebrantos eran como la normalidad en el ambiente de Bolívar y ya el dominarlos era para él como una segunda naturaleza. Sigue, pues, a su organización desde la villa de La Plata por el páramo de las Nieves a Pitayó y Caloto. En aquellas alturas andinas vería el término del año 1821 en que había hecho irradiar sobre la frente de su patria la diadema de la victoria de Carabobo. Ya el 1.º de Enero de 1822 estaba en Cali, en los últimos preparativos de su expedición, procurando la afección de aquellas comarcas que tanto habían sufrido bajo gobiernos militares desacertados.

Su primera medida fué pedir a las municipalidades de Caloto, Toro, Cartago, Buga y Cali que reemplazaran las bajas de su ejército con una recluta que para todas ellas sería de 1000 hombres, pudiendo figurar entre ellos hasta 300 esclavos cuyos amos serían debidamente indemnizados.

Ya en Buenaventura estaban los bergantines *Sacramento* y *Ana* y la fragata *Grant*, enviados de Guayaquil y capaces de llevar 1200 hombres. El mismo día 2 de Enero marchaba el batallón *Bogotá* hacia el litoral, aprestándose a seguirle el *Neiva* el día 4. El viaje de estas tropas se hacía remontando hasta las nacientes del río Dague, para bajar por él hasta el sitio de las Juntas, desde donde se podía navegar hasta Buenaventura. La comarca era pobrísima en ganados y de tan mala clase que una res daba escasamente ochenta kilogramos de carne. La alimentación debía suplirse con bananos que sólo llegaban a la costa después de dos días de viaje por el río.

Se vencían estas dificultades y el Libertador comisionaba al Coronel Juan Antonio Muñoz, muy conocedor de la región, para que aprovisionara a los barcos de víveres frescos y activaran su partida hacia las playas de Monte-cristi, a fin de que pudieran regresar pronto a embarcar nuevos contingentes.

Al propio tiempo, preparaba los caminos de sus batallones de la *Guardia*, enviando a su edecán Celedonio Medina a reunir víveres y acomodar alojamientos desde La Plata a Cali. En ejecución todo este conjunto, escribe al General Sucre: "En todo el mes de Febrero me enviará V.S. buques que pue-

“ dan llevar 2500 hombres de la **Guardia** con víveres suficientes. Estos buques irán saliendo como se vayan preparando, de modo que el último esté a fin de Febrero en Buenaventura. La División de V.S. deberá contar por lo menos 1400 infantes y 100 caballos.”

Las Divisiones de Torres, de Sucre y la **Guardia** reunirían así cerca de 5500 combatientes, con los cuales, según las órdenes a Sucre que estamos recordando, se operaría en Abril de 1822 por Cuenca y Loja, debiendo procurarse en Piura las caballerías de guerra y de trasporte.

Las fuerzas se equilibraban con las resistencias posibles; la vía marítima de Buenaventura había llevado con éxito a las playas cercanas a Guayaquil los soldados que pedía Sucre y Colombia debía procurarse los trasportes de los elementos que ahora reunía el Libertador, dando mayores impulsos a la flota que reunían en el litoral Sucre, Morales, Illingworth, Muñoz y sus cooperadores. “El tenor de estas órdenes, dice el Libertador a Sucre, debe V.S. comunicarlo al Gobierno de Guayaquil, manifestándole V.S. verbalmente que mis intenciones son llevar a cabo la libertad de Colombia desde Tumbes al Orinoco, que los sacrificios que ha hecho Colombia por recobrar su íntegra independendencia no serán frustrados por ningún poder humano en América; y, finalmente, que yo espero, para cuando yo entre en esa ciudad, que el Gobierno de Colombia habrá sido reconocido por ella, no pudiendo yo hallarme, sin faltar a mi deber y a mi decoro, fuera del territorio de la República.”

No quiere el Libertador que Sucre comprometa su situación política en Guayaquil y toma sobre sí mismo, tal como corresponde al Presidente de Colombia, manifestar los derechos nacionales que defenderá juntamente con las prerrogativas de los pueblos libres.

“Es inmensa la satisfacción, escribe a Olmedo, Presidente del Gobierno de Guayaquil, el 2 de Enero de 1822, la satisfacción que tengo de acercarme a las riberas del Pacífico. Espero que mi venida al sur sea señalada con la victoria y la paz. En este instante está en marcha la división del Señor General Torres, para esa capital, con 2000 hom-

“ bres. La Guardia seguirá el mes próximo el mismo destino
“ conmigo.

“ Yo me lisonjeo, Excmo. Señor, con que la República
“ de Colombia habrá sido proclamada en esa capital, antes de
“ mi entrada en ella. V. E. debe saber que Guayaquil es
“ complemento del territorio de Colombia; que una provin-
“ cia no tiene derecho a separarse de una asociación a que
“ pertenece y que sería faltar a las leyes de la naturaleza y
“ de la política permitir que un pueblo intermedio venga a
“ ser campo de batalla entre dos fuertes estados. Yo creo que
“ Colombia no permitirá jamás que ningún poder de Améri-
“ ca merme su territorio.

“ La llegada de nuestro ejército a esa ciudad exige nuevos
“ sacrificios y V. E. será informado de ellos por el Señor Ge-
“ neral Sucre, a quien autorizo plenamente para que los pi-
“ da al gobierno que V. E. preside dignamente o los obten-
“ ga por los medios que estén en su poder. V. E. tendrá sin
“ duda la bondad de prestar toda su protección al Señor Ge-
“ neral Sucre, para que el último triunfo de Colombia lleve
“ grabada la mano de Olmedo.—Bolívar.”

Afirma el Libertador los derechos territoriales de Colombia, reconoce el gobierno emanado de una democracia y al mismo tiempo afirma el criterio de la autoridad nacional y le da especial vigor con los plenos poderes de acción que tiene Sucre y que el Presidente Olmedo deberá respetar.

Mientras las tropas de Torres van a Buenaventura, La Guardia avanza hacia el alto Cauca, el Comandante París ocupa a Popayán y Bolívar acentúa los perfiles de su campaña de ruptura del último trozo del eje realista, comprimiéndolo entre las tenazas de Popayán y Guayaquil, que pueden auxiliarse por una línea externa de comunicación marítima. Da, por el momento, a Guayaquil la misión ofensiva en el campo más adecuado y reserva a Popayán la retención de fuerzas realistas para facilitar la acción del General Sucre, sin perjuicio de las agresiones que él mismo llevará por el norte cuando sea necesario.

Se inspira el Libertador para este plan de campaña, no sólo en los mejores principios de su estrategia, sino en las necesidades sociales y políticas de aquel teatro de guerra. Gran

parte de los pobladores consideraba a los republicanos como enemigos de la religión y esto encendía todos los furores del fanatismo; porción considerable de los habitantes, especialmente en el valle de Patía, eran elementos inferiores, rebeldes a los imperios de la ley, verdaderos merodeadores que derivaban ventajas de la prolongación de la guerra. Apoyaban éstos a los destacamentos del Presidente de Quito opuestos al avance republicano y se hacían de este modo independientes de los tribunales españoles.

Establecidas en la zona limítrofe las autoridades de Cundinamarca, las medidas de represión tampoco eran fáciles y las autoridades se inclinaban a la tolerancia para atraerse simpatías. Esto era un grave mal; pero mayor la delincuencia de las autoridades republicanas que abusaban de la vida, de la honra y de los bienes ajenos, buscando en ello infames compensaciones de su vida de sacrificios en aquellos parajes donde tan débil se sentía la acción del Gobierno Central.

Esto era una causa de desafección y Bolívar, al hacerse cargo de la campaña, comprendió toda la extensión del mal, y se dedicó a remediarlo, atendiendo todas las quejas y dictando las más severas medidas de aplicación de la ley.

Toma el nombre de estos pueblos ante el Ministro de Justicia, diciéndole: “Los habitantes del Departamento del Cauca se quejan altamente de todos los funcionarios, así militares como civiles, que han ejercido autoridad en él. Asesinatos, estupro, violencias, robos y, en general, todo género de crímenes se han cometido aquí, unos por los jefes y otros por los subalternos. No hay ejemplar de un solo castigo, ni de la persecución de un delito. El crimen y la impunidad marchan juntos y las leyes sin ejercicio duermen profundamente. Se previno antes de ahora a S. E. el Vice-Presidente de Cundinamarca por las muchas quejas e informes recibidos de los crímenes cometidos aquí, que mandase hacer una investigación de ellos y pusiese el remedio conveniente.”

Reitera Bolívar sus peticiones al Gobierno para que haga sentir sus medidas, manifestando que las autoridades republicanas reprimirán el crimen con su máxima energía.

Los rumbos marítimos de la campaña alejaban un tanto de la comarca las tribulaciones de la guerra y un personal selecto de administración, con el apoyo de pundonorosos militares, debía contribuir a captar las afecciones de un pueblo sometido al régimen anárquico que revela esta nota de Bolívar, propagando mayores confianzas en los desafectos de la región vecina de Pasto.

El plan del Libertador consulta de este modo un máximo de ventajas militares, políticas y sociales. La campaña del Sur había sido el gran tropiezo de los Generales granadinos y, para tranquilidad del Gobierno, Bolívar comunicaba al Ministro de Guerra todo su programa, haciendo las observaciones políticas y militares que lo justificaban.

En su nombre despacha el Secretario Gabriel Pérez, el 5 de Enero de 1822, desde Cali, la siguiente comunicación:

“S. E. el Libertador ha preferido emprender la próxima campaña del Sur por Guayaquil por las siguientes consideraciones:

“1.º Por asegurar a Guayaquil y hacer que aquella provincia se pronuncie por Colombia. Hasta hoy el manejo y las intrigas la han mantenido en una neutralidad incompatible con sus verdaderos intereses, y más aún con los derechos de nuestro Gobierno. No faltan quienes deseen su incorporación al Perú y quienes opinen por el extravagante delirio de que sea un Estdo independiente. Si prevaleciera esta opinión, Guayaquil no sería más que un campo de batalla entre dos Estados belicosos, el receptáculo de los enemigos de uno y otro. La ley fundamental quedaría sin cumplirse, y Colombia y el Perú jamás estarían seguros, estando confiadas a sus propias fuerzas las puertas inseguras de Guayaquil. Más funesta aún sería a nuestros intereses la incorporación al Perú. El Departamento de Quito, sin otro puerto que éste, tendría mil embarazos y trabas, tanto en su comercio interno como externo, y tendría más interés por la prosperidad y estabilidad de un gobierno extraño que por el suyo propio, que casi le sería indiferente: tendría que recibir la ley que le impusiera Guayaquil en el comercio y dependería más de aquel que de Colombia. Estos y otros males muy graves, y de consecuencias de mucha trascendencia,

“ se evitan con el envío de tropas colombianas a Guayaquil y, sobre todo, con la presencia del Libertador allí. Esta marcha no sólo nos asegura a Guayaquil, sino que nos da un grande influjo en los gobiernos meridionales, agitados por discusiones domésticas, y expuestos a ser la presa de los españoles, principalmente el Perú. Estos gobiernos cobrarán nuevo vigor con la libertad de Quito y con la aproximación del Libertador y su ejército. Obrarán con energía y se harán respetar interna y externamente.

“2.º Este país es muy enfermizo. Patía es mortífero y todo el tránsito de Popayán a Quito muy quebrado, sin víveres y lleno de posesiones naturales muy fuertes y ventajosas, que puede defender el enemigo con facilidad y que nosotros no tomaremos sino a costa de grandes pérdidas.

“3.º La desertión de todos los caucanos, que deben reemplazar las infinitas bajas del Ejército, es infalible y casi irremediable, en la marcha por Pasto.

“4.º Las caballerías no pueden obrar por la dirección de Pasto y no llegarán útiles al Guáitara, sino las de excelente calidad, y estas serán muy pocas.

“5.º La marcha de Guayaquil a Quito, apenas será de 10 a 12 días por terreno más provisto, más sano y abundante. En Guayaquil pueden tomarse 1,000 caballos y 1,000 mulas.

“6.º Marchando por Guayaquil, un solo combate decidirá la suerte de la campaña. Además, cuando nosotros logramos aumentar nuestras fuerzas, los enemigos disminuyen las suyas. Los pastusos no pasarán el Guáitara para ir a defender a Quito. Sólo tendremos que combatir la división de Tolrá, y es más fácil destruir a los pastusos después de ocupado Quito. Por Guayaquil se aumenta el Ejército con la División del General Sucre y con los 1,000 reclutas del Cauca, absolutamente perdidos por Pasto.”

Con fuerzas apropiadas y con líneas de acción bien elegidas, inicia Bolívar la campaña de integración colombiana, proponiéndose resolverla en el terreno de resistencia mínima y en un breve plazo. Es una economía de fuerzas buscada por el Libertador en previsión de los funestos resultados de las disensiones domésticas, principalmente del Perú que, como lo

dice en el párrafo primero de esta nota, nos exponen a ser nuevamente presa de los españoles. La potencialidad realista aun se mantiene en el Perú, es un peligro inmediato para Colombia y para todo el sistema de emancipación. Desde luego, esta vicisitud importa un serio obstáculo para que Colombia sea reconocida como nación libre y soberana después de tantas fatigas.

Es la undécima campaña que va a emprender el Libertador si contamos solamente sus armas en la primera república, la recuperación de Venezuela en 1813, la que culminó con la batalla de Araure, su empresa de Ocumare, la conquista de Guayana, su gran presión sobre el centro realista en 1818, el encierro de Morillo en los Llanos y su marcha sobre Boyacá en 1819, el avance sobre el litoral granadino y la cordillera venezolana en 1920 y la liberación de su patria en Carabobo en 1921. Esta nueva guerra tendrá caracteres diferentes a las anteriores, pedirá a las almas singulares virtudes de ímpetus y de prudencias ante las mayores responsabilidades de combates en el centro mismo del Continente que lucha por su independencia.

Con su clara visión de estrategia, junto con trazar al Gobierno de Colombia la campaña de Guayaquil, por la línea de menor resistencia, divisa los tropiezos que su invasión marítima puede tener y encuentra la solución compensadora en la doble compresión sobre Quito por Guayaquil y por los ejércitos que crucen la zona desfavorable, enfermiza, que ofrece ventajas defensivas al enemigo y que exigirá especiales sacrificios. Si se malogra la estructura de menor aliento, él tomará para sí la de mayores dificultades, la campaña del norte hacia Pasto. La nota que antes trascribimos continúa así: "Todas estas ventajas se obtendrán siempre que vengan buques en que embarcar las tropas y La Guardia; mas, si no vinieren, siempre tendremos la de que, engrosada la división del Señor General Sucre, con las tropas que ahora se le envían, pueda imponer a Guayaquil, invadir y ocupar a Quito en Abril próximo; mientras que S. E. con la Guardia marcha por Pasto, defendido sólo por los pastusos, que no pueden oponer un número de tropas igual al que conduce S. E. y no parece dudoso el éxito de la campaña."

En el mes de Abril estará libertada Quito, dice Bolívar en los primeros días de Enero, es el programa de las mayores emergencias desfavorables y su anuncio apenas fallará en algunos días, pues el triunfo del General Sucre se pronunciará en Mayo. mientras el Libertador contiene al enemigo al norte de Quito. Sigámosle en esta nueva acción de inmensa responsabilidad ante el porvenir de América Libre.